

Casa sosegada

Roberto Cabral del Hoyo
Obra poética 1940-1992



Primera edición, 1992
Segunda edición. 2013
Primera reimpresión, 2013

Cabral del Hoyo, Roberto

Casa sosegada: obra poética 1940-1992 / Roberto Cabral del Hoyo ; pos-
facio de Maritza M. Buendía — 2a ed. — México : FCE, 2013
492 p. ; 21 × 14 cm — (Colec. Tezontle)
ISBN 978-607-16-1519-0

1. Poesía mexicana 2. Literatura mexicana — Siglo xx I. Buendía, Ma-
ritza M., posfacio II. Ser. III. t.

LC PQ7297

Dewey M861 C112c

Esta edición especial de *Casa sosegada* fue publicada
con el apoyo de la Dirección General de Publicaciones del Conaculta
y del Instituto Zacatecano de Cultura Ramón López Velarde

DISTRIBUCIÓN GRATUITA • PROHIBIDA SU VENTA

D. R. © 1992, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
www.fondodeculturaeconomica.com
Empresa certificada ISO 9001:2008

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: (55) 5227-4672. Fax: (55) 5227-4640

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-1519-0

Se terminó de imprimir y encuadernar en agosto de 2013
en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA),
calzada San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.
El tiraje fue de 1 000 ejemplares.

Impreso en México • Printed in Mexico

Posfacio
CABRAL DEL HOYO, UNA LUZ
ENTRE SOMBRAS

MARITZA M. BUENDÍA

Y se me fue la vida... Nada tuve
sino una ansia de ser en cada cosa,
proclamar el milagro de la rosa
y elevarme en silencio con la nube

QUEMAR LAS NAVES

Roberto Cabral del Hoyo queda enmarcado en las tinieblas de la memoria de aquellos que lo conocieron, y su imagen —hecha a base de la reconstrucción de otras imágenes (fotografías, grabados, etcétera)—, en aquellos que físicamente no lo conocieron. Sin embargo, las barreras se saltan al adentrarse en el espacio relatado que está en su poesía, que, como *Casa sosegada*, invita a pasar, a tomar asiento: invita a leer.

En cada poema hay una voz que habla. El poeta se disuelve a través de líneas, versos, rimas, tonos. El poeta se desintegra en sonetos, en romances. El poeta es poesía. Vive en y dentro de ella, lejos de cualquier limitación que lo sujete. Así, su arte se vuelca en todo el mundo sensible, en su entorno, en su medio. Su modelo es la poesía.

Toda aproximación es inútil si sólo permanece en el plano del reconocimiento. Tal vez no es tan necesario conocer fechas, honores, notas, si se ignora lo esencial: su texto. El poeta queda ahorcado ante la figura pública que de él se ha hecho, que casi siempre se aleja del poeta, que aniquila su poesía.

Por tanto, no es mi intención exaltar diversos datos biográficos para justificarlo como figura pública, sino para encon-

trar al poeta extraviado. La biografía es una herramienta útil para ubicar el contexto, el porqué probable de muchas de sus obsesiones temáticas. Si su poesía es una constante búsqueda de los orígenes ¿cuáles son sus límites espacio-temporales?

Espacio y tiempo se trascienden en el momento de la escritura. Espacio y tiempo no residen en el reloj biológico, en el calendario, en la piel, en los objetos: ambos están contenidos en sí mismos y es necesario descifrar ese absoluto, ese todo universal, para luego ubicarlo en cada una de sus partes. Cabral del Hoyo atrapa en sus poemas tiempo y espacio, los sostiene, los inmoviliza y los vuelve eternos.

Su valoración reside en el modo de utilizar y de hacer permanentes esos elementos, no en su reconocimiento como figura pública. Insisto: tal reconocimiento es sólo un paso (tal vez necesario, pero no indispensable) para llegar a conocer al poeta sin adjetivos, al poeta sin nombre.

Roberto Cabral del Hoyo nació el 7 de agosto de 1913, en la ciudad de Zacatecas, en el Callejón del Santero, número 7, a escasos tres años de iniciada la Revolución mexicana. Se presume que el nombre del poeta es elegido en honor de su tío, Roberto del Hoyo, pues el año del nacimiento de uno coincide con el año de la muerte del otro. “¿Te acuerdas de Roberto? Yo lo tengo muy presente. La última vez que lo vi cantaba una de aquellas graciosas y típicas canciones que retratan los hechos de nuestro pueblo. ¡Cómo reímos! Y ahora, al recordar aquellos momentos que se fueron de prisa, como alegrías, cuánto hemos sufrido. ¿No te lo dije? Las víctimas son nuestros hermanos, nuestros amigos.”¹ Roberto del Hoyo —muerto por rebeldes en Valparaíso, Zacatecas—, junto con sus hermanos Enrique y Agustín, forma un grupo musical entre los sirvientes de la Hacienda de San Miguel. El poeta los recuerda en “Crónicas de familia”:

Entre los servidores de la hacienda
formaron una Banda
que fue famosa en la región...

¹ *Revista de Zacatecas (Ilustrada)*, julio de 1913, p. 7.

Cuando a Roberto unos rebeldes orozquistas,
a quienes no dejó que se llevaran
a Pulgarcito, su mejor caballo,
sádicamente lo mataron,
Agustín, de conciertos en gira con Enrique
al norte de la Unión Americana,
los contratos rompió, volvió a sus tierras
y con diez hombres levantado en armas,
uno por uno fue, de sendos árboles,
colgando a los verdugos de su hermano...

El padre del poeta, Fernando Cabral Velasco, muere el 30 de noviembre de 1915 dejando viuda a su esposa, Amalia del Hoyo Rousset. Ese mismo año el jefe carrancista, Francisco Murguía, toma la ciudad de Zacatecas. De 1920 a 1925 Roberto cursa la primaria en la escuela particular número 6, de María G. Aguilar. En 1921 muere Ramón López Velarde, y nace dos años después la también poeta Dolores Castro.

Hacia 1926 Zacatecas es testigo de los brotes del movimiento cristero. El 30 de julio la madre del poeta vuelve a contraer matrimonio. Su ahora esposo, Flavio F. Berube, es originario de Tepic, Nayarit. El poeta cursa entonces el primer año de preparatoria en el Colegio Margil. Casi al final de ese año venden la casa del Callejón del Santero y se trasladan a la Hacienda de San Miguel, en Valparaíso. En 1928, cuando cursa el segundo año de preparatoria, ya en el Instituto de Ciencias, muere su abuela, Clara Rousset de Del Hoyo, y un año después, su madre (personaje central dentro de su poesía), el 17 de junio. Por esa época el poeta vive en una casa de la calle de Chepinque.

En junio de 1930 participa en un concurso de oratoria —el poeta comienza a develarse— convocado por *El Universal*. Triunfa en la eliminatoria estatal y tiene la oportunidad de asistir en la eliminatoria nacional, celebrada en la ciudad de México. En ella es derrotado, pero al conocer a varias personas que, al igual que él, se interesan por la literatura, gana algo mucho más importante: su pasión por la literatura revive. "Todo lo que me habían dado de premio por haber gana-

do el concurso estatal, lo gasté en libros editados en esa época: de José Vasconcelos, Amado Nervo, Darío, de Enrique Rodó el precioso *Ariel*, de Miguel de Unamuno, de Gregorio Marañón, de todos los escritores de esos años a quienes tenía yo verdadero entusiasmo por conocer.”²

El poeta, solo, sin padres, se refugia en la poesía. Se introduce poco a poco en el mundo de las letras. A partir de los 17 o de los 18 años de edad frecuenta la peña literaria. Guillermo López de Lara recuerda que ésta se formó “a raíz de unos juegos florales habidos en Zacatecas, en 1931, para festejar el centenario —no lo era, según yo— de la fundación de su Instituto de Ciencias (hoy Universidad)”.³ La peña literaria la conformaban, además del poeta y de López de Lara, Manuel Martínez y García, Samuel Salinas, Enrique Fuentes Carreón, Daniel Kuri Breña, Eugenio del Hoyo, Genaro Borrego y Suárez del Real y Federico Sescosse. Las reuniones se efectuaban en cualquiera de las casas de los integrantes y, en medio de postres y de bebidas, criticaban sus propios textos. “Federico, el más joven, probablemente sacando la idea de algún grabado decimonónico, discurrió que los asistentes a la *peña* debíamos usar en las reuniones un especial atuendo, que hizo consistir en grandes corbatas azules. Aunque no perduró la costumbre, algunas veces los miembros de aquella falsa *bohemia* se vieron con los susodichos lazos al cuello.”⁴

Al grupo le gustaba evaluar su propia escritura y el legado de López Velarde. Según López de Lara, rara vez se suscitaba una polémica entre ellos, ya que todos estaban conscientes de la utilidad de la crítica. Sin embargo, cuando ésta se volcaba sobre la poesía de López Velarde, la discusión era inevitable. Martínez y García era su más afamado crítico: “Tachaba de áspera y fea la cuarteta de ‘La suave patria’ que habla del ‘correo chuán’; y en ‘La saltapared’, de inexacto y

² Federico del Real, *Álbum de familia. Ocho lustros de la vida zacatecana*, México, 1991, p. 169.

³ Guillermo López de Lara, *Hablando de López Velarde*, Ateneo, México, 1973, pp. 54-55.

⁴ *Ibid.*, p. 56. Las cursivas son del autor.

doblemente ripioso el clasificar de mercader al dueño de canarios y gorriones amaestrados".⁵ Tales comentarios despertaban el enojo de quienes se consideraban seguidores de López Velarde, uno de ellos Cabral del Hoyo: "Las críticas de Martínez y García, justificadas o no, hacían reír a quienes las tomaban como divertimento y sin pasión; pero también lograban que Roberto y Eugenio fruncieran el ceño y replicaran con viveza, y pienso que a veces el primero, único verdadero poeta del grupo, y por ello más apto para entender y gustar la poesía de López Velarde, sentía no sólo disgusto sino cólera, y hasta sospecho que no ha perdonado del todo a Martínez y García, de cuyo nombre no quiere acordarse."⁶

Hacia 1931 el poeta se ve en la necesidad de suspender sus estudios y de trabajar en la Tesorería General del Estado. Su sueldo era de 65 pesos mensuales, y de él vivían sus dos hermanas: María Luisa y Amalia. "Nosotros fuimos de esos ricos hacendados llegados a menos [...] Mi primer empleo fue en la Tesorería del Estado, pero a los pocos meses me fui a la hacienda para administrar lo que nos quedaba. Siempre luché por estudiar, pero la adversidad me perseguía y la enseñanza superior nunca pude cursarla. Leyendo en francés y en inglés aprendí esos idiomas, y la literatura a través de libros que por años y años eran mi única distracción [...] Con terror me acuerdo de aquellas noches de soledad cuando empecé a hacer mis primeros ensayos literarios. Leía, escribía, escribía y leía".⁷

El compartir lo escrito fue tal vez uno de los muchos alicientes que motivaron al poeta a publicar en los periódicos locales: *Orientación* y *La Opinión*. Publica "Mi opinión sobre *La Opinión*", especie de elogio hacia el periódico (texto que al parecer es de sus primeras colaboraciones): "Paul Verlaine, el eximio literato francés, dice hablando de Cristóbal Colón que él lo admira por haber descubierto la América, pero que lo admira más por el enorme esfuerzo que tuvo que realizar para descubrirla [...] Pues así lo digo yo. Admi-

⁵ *Ibid.*, p. 58.

⁶ *Ibid.*, pp. 58-59.

⁷ Guadalupe Appendini, *Excelsior*, 27 de marzo de 1973.

ro *La Opinión* por lo que es, pero la admiro mucho más por el esfuerzo que tiene que hacer para ser lo que es.”⁸

“CADA UNO SU LENGUA, TODOS EN UNA LLAMA”:
EL GRUPO DE LOS OCHO

Nunca, por muy ocupado que se encuentre, Cabral del Hoyo deja de lado la poesía. Por el contrario, todas sus actividades están encaminadas a ella. El destino lo hace conocer a otros siete que, al igual que él, se interesan por asuntos afines. Surge así el denominado Grupo de los Ocho.

El grupo debe su origen a Alejandro Avilés, quien había fundado una escuela de periodismo y realizaba entrevistas para la sección de cultura de *El Universal*. “Los hermanos Méndez Plancarte y Alfonso Junco, Octaviano Valdés [...] y Emma Godoy, entre otros, se reunían ‘en torno al mate’; Alfonso Méndez Plancarte [...] sugirió que organizaran otra tertulia, que se reunieran ‘en torno al café’.”⁹ El grupo se integra por Alejandro Avilés, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Efrén Hernández, Honorato Ignacio Magaloni, Octavio Novaro, Javier Peñaloza y Roberto Cabral del Hoyo, quienes alternadamente se reúnen en la casa de cada uno de ellos.

En una entrevista publicada en *Mi Pueblo*, Dolores Castro responde a la pregunta del nacimiento del grupo: “Luego de un viaje que hice a España con Rosario Castellanos, quien iba becada, al regreso [...] se creó el grupo de *los Ocho*. Nos encontramos gracias a Alejandro Avilés, quien dirigía en *El Universal* una página que se llamaba algo así como ‘Grandes poetas de México’,¹⁰ y aunque ninguno de los ocho éramos grandes poetas, pero sí de México, él empezó a entrevistarnos sin conocernos entre nosotros [...]

⁸ Roberto Cabral del Hoyo, *La Opinión*, 16 de enero de 1931.

⁹ Gerardo Ochoa Sandy, *Proceso*, 8 de julio de 1991, p. 47.

¹⁰ En la nota de Ochoa Sandy, aparecida en *Proceso* se dice que el nombre para las páginas culturales de *Revista de la Semana*, de *El Universal* era “Poetas mayores”.

Nos conocíamos Rosario, Efrén, Octavio Novaro y yo, pero a la vez no conocíamos a Honorato Ignacio Magaloni, a Javier Peñaloza —con quien luego me casé— ni a Roberto Cabral del Hoyo, aunque a él le escuchábamos un programa de radio [...] Además, sabíamos ya muy bien de él porque ganaba siempre los juegos florales de Zacatecas y de Aguascalientes”.¹¹

Las reuniones empiezan desde el atardecer y terminan hasta muy entrada la noche o en la madrugada. No sólo leen poemas suyos, sino que se adentran en la poesía de los clásicos, tanto españoles como mexicanos. En ocasiones tienen invitados: Carlos Pellicer, José Gorostiza, Salvador Novo, etcétera.

El grupo reúne sus tan diferentes propuestas en un libro: *Ocho poetas mexicanos* (Bajo el Signo de Ábside, 1955). El libro lleva un epígrafe de Dolores Castro: “Cada uno su lengua, todos en una llama”, versos finales del poema “Herida”, incluido en *Cantares de vela* (1960).

El programa de radio *Última Instancia*, de Zacatecas, presenta a los poetas Carmen Castellote, Dolores Castro, Roberto Cabral del Hoyo, Alejandro Avilés y Octavio Novaro, y en el programa Dolores Castro ahonda acerca del dístico que resume la actividad literaria del grupo: “La llama es la poesía. Nosotros [...] teníamos clara una forma de ver la vida [...] No se puede expresar más que el tiempo que uno está viviendo. Nosotros estamos muy lejos del romanticismo, del modernismo, también [...] del grupo de los Contemporáneos, quienes veían más hacia afuera de México que hacia las raíces”.¹²

Dolores Castro define el papel del Grupo de los Ocho dentro de otros grupos generacionales: los “Contemporáneos tenían un objetivo al reunirse: combatir las tesis nacionalistas y abrirse a un horizonte más amplio de la cultura universal. La Espiga Amotinada fue un grupo radical de izquierda, al menos durante su juventud [...] *Ocho poetas*

¹¹ *Mi Pueblo. Vida y Expresión de la Provincia*, julio-agosto de 1997.

¹² El programa, según Filiberto Sotos Solís, se transmitió el 9 de julio de 1980.

mexicanos se reunía por el amor a la poesía y el milagro de la amistad. Nada más".¹³

El Grupo de los Ocho se interesaba por lo propio. Quizá, sin darse del todo cuenta, buscaba la universalidad a partir de pequeños detalles, tratando de extraer esa raíz, ese mínimo gesto, para transitar de lo particular a lo general. Sus ojos no veían hacia afuera: por el contrario, veían hacia adentro. *Ocho poetas mexicanos* no es más que la distinta manifestación de una sola preocupación: la poesía. La manera en que cada uno la aborda se vincula a la perspectiva que cada uno tiene acerca de la vida y de los específicos problemas existenciales que los atormentan. No obstante las divergencias, las oposiciones, entran en comunión y exponen los numerosos matices de un solo cuadro.

Pero la crítica los mantendrá relegados. Una de las posibles razones es el haber publicado en Ábside, editorial con fuerte sello católico. Cabral del Hoyo dice al respecto: "Ya estamos viejos y ya podemos decir la verdad. Al grupo *Ocho poetas mexicanos* nos perjudicó que el primer libro saliera en Bajo el Signo de Ábside, una revista-editorial, digamos confesional, dirigida por sacerdotes. Gente como Efraín Huerta, sin pensarlo, decía: 'Ésos son mochos, publicaron en Ábside, son curas destripados, beatos'".¹⁴

De igual manera han sido excluidos de varias antologías. "Incluyeron a todos los poetas del grupo en una antología de la Biblioteca Nueva de Madrid, dedicada a la poesía de América Latina. No sucedió así en *Poesía en movimiento*, la antología de Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis."¹⁵ No importa: aun cuando la crítica no ha sido del todo justa, su poesía permanece en la actualidad.

El mundo abrió las puertas a los ocho, y aunque unos corrieron con mayor suerte (como Rosario Castellanos), la experiencia de haber compartido y defendido una postura es ya imborrable. "Las reuniones se realizaron de 1952 a 1956. A partir de ese año comenzaron a verse cada quince días.

¹³ Ochoa Sandy, *op. cit.*, p. 49.

¹⁴ *Ibid.*, p. 48.

¹⁵ *Ibid.*, p. 49. Rosario Castellanos sí está incluida.

Luego cada mes. O cada casi medio año. No hemos dejado de reunirnos. Lo que pasa es que nos hemos ido muriendo", coinciden Avilés y Cabral del Hoyo. Y amplía Dolores Castro: "Nuestra principal virtud ha sido sobrevivir".¹⁶

Mientras las actividades del Grupo de los Ocho se llevaban a cabo, Cabral del Hoyo prosiguió su carrera de triunfos en los juegos florales en Mazatlán, Acapulco, San Luis Potosí y Zacatecas, en ésta al lado de Carlos Pellicer, con su poema en cinco sonetos "19 de junio", dedicado a Ramón López Velarde; en esa ocasión integraron el jurado José Gorostiza, José María de Mendoza y Octavio Paz:

La gala del rosal, ayer erguida
y alta en su tallo, ahora se deshoja;
pero otra nace ya, tan blanca o roja,
y no menos en trance de partida.

EL POETA: SU TEXTO Y SU CONTEXTO

Roberto Cabral del Hoyo alcanza una mayor difusión cuando su obra se reúne en *Casa sosegada*. Sin embargo, hay una comprobada escasez de estudios acerca de ella, limitándose sólo a simples notas periodísticas. El poeta ha sido celebrado, homenajeado, y su nombre asignado a calles y a escuelas. Pero su poesía espera aún similar aprecio: menos un interés por afinidades políticas o sociales y más un auténtico ejercicio de valoración crítica.

Según el escritor Alejandro García, el poeta gravita en un injusto limbo: entre la negación dentro de los grandes círculos de la poesía mexicana y el reconocimiento de una clase política regional que prioriza más lo extraliterario.

Cabral del Hoyo presenció grandes sucesos históricos y culturales, tanto nacionales como internacionales. La Revolución mexicana aún no terminaba cuando él nació. Es mudo testigo de la segunda Guerra Mundial, de la Revolución cubana, del movimiento estudiantil de 1968. En ese

¹⁶ *Ibid.*, p. 47.

movimiento vertiginoso de ideologías, de pugnas, de implantación y caída de sistemas y de gobiernos, que de una o de otra manera se vislumbran en la literatura —ya que la obra literaria está inmersa dentro de una serie de valores que identifican al escritor y lo remiten a la sociedad donde se desarrolla, pues “los valores surgen [...] como núcleos en torno de los cuales una comunidad organiza y construye su lenguaje”¹⁷—, a nuestro poeta se le sitúa siempre en el Grupo de los Ocho.

Pero ¿qué sucede con el poeta, que no adquiere la relevancia, por ejemplo, de Rosario Castellanos? ¿Será que fue relegado “por la crítica por no haber accedido a las experimentaciones formales de su época al conservar un sello clásico y romántico”?¹⁸ ¿En qué radica el —muchas veces injusto— trato a su poesía y el rechazo a admitirlo dentro de los “grandes” círculos literarios? Pero sobre todo: cuándo, cómo y por qué su ciudad natal lo rescata y lo convierte en el segundo poeta zacatecano después de López Velarde, de quien admite, casi religiosamente, una deuda de influencia.

Durante la época en que el poeta escribe se gestan —en otros géneros y en el de la poesía misma— múltiples innovaciones formales a las que él no accede. El poeta prefiere la llaneza y la transparencia de las palabras. De nada le sirve plasmar una idea con adjetivos confusos que sólo alejan de la idea original y confunden cada vez más: él sólo busca explicarse y darse a entender, anhela el contacto con el lector.

Comparando su aventura estética con la de otros de sus contemporáneos, Cabral del Hoyo se encuentra a veces en franca desventaja. Sin embargo, su importancia quizá consista en nadar contra la corriente. Tal vez lo más sencillo sea dejarse tentar por todos esos cambios que se suscitan, quizá hubiera sido lo más fácil para ser admitido como poeta. No obstante, no se deja vencer por ninguno de esos sucesos y prefiere mantenerse aislado, lejos —muy lejos— de cualquier tendencia.

¹⁷ Luis Enrique Sendoya *et al.*, *Acta Poética*, 4-5, p. 168.

¹⁸ Veremundo Carrillo, *Zacatecas, barro que suena a plata. Literatura de la Colonia al siglo xx*, Zacatecas, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, 1996, p. 72.

Cabral del Hoyo vino al mundo cuando el realismo pugna por desbancar al romanticismo: "Reaccionando contra el tono exaltado del romanticismo, el realismo se apegaba a la verosimilitud. En vez de buscar temas exóticos [...] examinaba el mundo que lo rodeaba. Se interesaba en los problemas cotidianos de sus vecinos, los que generalmente pretendían a la clase media".¹⁹ En ese tiempo también surge el naturalismo, que en Hispanoamérica coincide con el realismo, y que no será descartado sino hasta después de 1910.

La narrativa adquirió entonces un vigoroso carácter con personajes como Rubén Darío, Horacio Quiroga y Manuel Gutiérrez Nájera. "En América Latina: el modernismo y la madurez de la novela [...] se da a partir de los años cuarenta con las producciones de autores como Agustín Yáñez, Ernesto Sabato, Leopoldo Marechal y Miguel Ángel Asturias [...] sin olvidar la turbulenta conciencia crítica de José Revueltas; madurez novelística que Seymour Menton engloba bajo el nombre de cosmopolitismo."²⁰ Corrientes van y corrientes vienen: unas desbancan a otras, y las nuevas desaparecen ante otras más nuevas que las anteriores. Cabral del Hoyo escribe casi durante un siglo en el que más de un movimiento emerge dentro de la literatura, escribe en medio de más de dos sucesos históricos importantes, pero aun dentro de toda esta renovación de ideas y de prácticas, se mantiene en su línea, y es rechazado; la crítica lo relega y alaba a otros autores.

"Lo que nosotros no comprendemos es cómo la crítica ha podido jugar tan sucio con este estupendo poeta. Es indignante que su poesía haya sido incluso excluida de varias antologías de poesía mexicana contemporánea."²¹ ¿Incomprensible? No del todo, quizá es sólo necesario atar cabos, desamarrar hilos y zurcir descalabradas.

A Cabral del Hoyo no le interesaban las corrientes que en torno de él giraban: para decir lo que debía decir no le hizo

¹⁹ Seymour Menton, *El cuento hispanoamericano*, México, FCE, 1993, p. 56.

²⁰ Alejandro García, *Narciso y el estanque. Indagaciones en torno a la literatura mexicana*, Zacatecas, UAZ, 1998, p. 56.

²¹ Juan Cervera, *Poesía. Registro Iberoamericano*, julio-diciembre de 1979, p. 7.

falta más que expresarlo. No hay fórmulas mágicas, sólo poesía: "A mí no me hablen de surrealismo, ni de estridentismo, ni de simbolismo, ni de romanticismo, de realismo o de naturalismo. Yo considero que no hay escuelas sino escritores y poetas. Hay grandes poetas, a qué escuela pertenecen o qué tendencia tienen no me importa y no tiene importancia; hay una sola sor Juana Inés de la Cruz, hay un solo Salvador Díaz Mirón".²²

¿Es necesario decir algo más? El poeta elude todo círculo literario de vanguardia. Así, el hecho de no pertenecer a ninguna escuela o tendencia, de rechazarlas incluso, el no dejarse llevar por los cambios formales, defendiendo con vehemencia el soneto en una época en que el verso libre está en su apogeo, convierten a Cabral del Hoyo en una especie de sombra que gravita entre reflectores. "Personalmente creo que me ha perjudicado escribir sonetos. Escribí primero verso libre, en el sentido más moderno del término. Luego intenté el soneto y me encantó. Escribo soneto porque me gusta la forma y puedo hacerlo. Soneto clásico, como lo podían escribir Góngora, Lope de Vega, Quevedo. Pero me han catalogado, no como elogio sino como crítica, como 'sonetista'".²³

Creo que es necesario olvidar su carrera de triunfos y apreciar única y exclusivamente una poesía que pide una lectura, un cuestionamiento, un saber. Es necesario rescatar al poeta del abandono y de la negligencia para tender un puente entre el olvido y el reconocimiento, entre el ayer y el ahora.

Después de quemar las naves y de marcharse a la capital, su poesía y su trabajo se conjugan fuera y dentro del Grupo de los Ocho, lo que desemboca en una serie de alabanzas que ubican (¿pierden?) tanto al poeta como a su contexto. Vida y obra no están separadas, pues siempre es factible unir esas líneas paralelas. La poesía no es ajena a las circunstancias de quien la escribe (a pesar de cualquier tipo de análisis estructural donde sólo importa el texto por el texto mismo, lejos de

²² Del Real, *op. cit.*, p. 208.

²³ Ochoa Sandy, *op. cit.*, p. 49.

la biografía). Roberto Cabral del Hoyo no se desvincula del poeta, ni el poeta de Roberto Cabral del Hoyo: ambos se funden entre significado y significante, entre fondo y forma, entre continente y contenido, para luego crear diversos escenarios posibles y otras tantas obsesiones entre lo que se fue y lo que se quiso ser, entre lo vivido y lo imaginado.

LAS SOMBRAS EN LA POESÍA

Al inicio de una conferencia en torno a López Velarde,²⁴ Tomás Segovia exponía cómo un reconocimiento público equivale a una traición. La poesía está expuesta a diferentes lecturas, al igual que cualquier otro género. El escritor, el verdadero escritor, no puede dejar de escribir —dice Segovia— acerca de *lo que pasa*, convirtiéndose así en una especie de historiador. No tiene que estar consciente de esto, pues el hecho ocurre de todas maneras. No tiene que proponerse, como lo hace Balzac, la reconstrucción de la historia de las costumbres: la escritura misma es ya un reflejo de la época.

La escritura se transforma en sinónimo de la historia de la vida de quien escribe. El escritor no puede dejar de proyectarse en cada una de sus frases: si elige una palabra y descarta otra, esa palabra lo delimita. Y esto es válido para todos los escritores.

Lo que pasa, al no estar distante de las circunstancias del escritor, se traduce en *lo que me pasa*: en la literatura se describe la historia del escritor, su historia. Pero esa historia, al momento en que termina de escribirse, deja de ser suya para volverse pública. Lo ideal sería mantener lo público al nivel del contacto autor-lector, lo que no siempre es posible. Mediante la lectura el lector vuelve público al autor. Y, por lo tanto, cuando irrumpe un discurso público en esa lectura, surge un segundo nivel: el de los reconocimientos y los homenajes.

Un poeta como López Velarde, acaso consciente de que

²⁴ Tomás Segovia, "Hacia López Velarde", conferencia dictada en el Festival Internacional de Poesía Ramón López Velarde, 17 de junio de 1998.

su conversión en figura pública será irremediable, lo único que puede hacer es adelantarse a ello. Según Segovia, la composición de "La suave patria", por ejemplo, no tiene otro fin más que el de crear un verdadero (y sentido) himno nacional.

Roberto Cabral del Hoyo, al igual que López Velarde, acaso fue consciente de que estaba sujeto a perderse en la figura pública. No puede desecharse la idea de que el lector minimice el nivel de la lectura y atienda solamente el nivel público. A través de la enorme sombra de López Velarde, Cabral del Hoyo decidió adelantarse al (o ir a la par del) discurso que lo convirtió en figura pública. Pero ¿cómo hacerlo si no ha escrito un poema como "La suave patria"? Debe reconocerse que la comparación entre ambos, como poetas, sale sobrando, pero no su comparación como figuras públicas.

Cabral del Hoyo aceptó los reconocimientos, los homenajes; en ningún momento los rechazó, pero fue quizá una forma de jugar con la dualidad. ¿Qué pesa más: el poeta o la figura pública? Aquél aventaja a ésta cuando escribe su "Romance de Zacatecas" y cuando en sus poemas describe cómo su destino es convertirse en nombre de calle, de escuela o de biblioteca.

Las sombras que rodean su poesía continúan siendo asfixiantes. La sombra de haber publicado en *Ábside*. La sombra de no haberse apegado jamás a ninguna escuela o corriente literaria (en una época de vertiginosos cambios formales). La sombra del soneto y la gigantesca sombra de López Velarde.

Al mantener su postura, al no pertenecer ni encajar en ámbito poético alguno, al preservar su transparencia, al preferir la continuidad, Cabral del Hoyo se transformó en la verdadera ruptura. Habría que preguntarse entonces si el aferrarse a la continuidad, en momentos en que la ruptura se instauró, no implicaba un mayor esfuerzo. No es tan fácil enfrentarse a cientos de personas que van en sentido contrario, no es tan fácil encarar a la crítica y ver cómo ésta lo cataloga despectivamente como "sonetista", o ver a sus defensores alabando esos mismos sonetos y descubriendo en ellos a

Góngora y a Quevedo. Cabral del Hoyo tiene una influencia formal de esos autores, pero no una influencia de fondo: forma, no contenido. No es el poeta de las grandes imágenes, ni de las grandes metáforas, no intenta darle atole con el dedo a nadie. Su estilo es claro, abierto. El lector, para entenderlo, para vivir su poesía, sólo debe quemar la superficie de la figura pública y luego entrar en la piel del poeta. "Roberto Cabral del Hoyo, poeta inflexible, sin concesiones, solitario y entero, perdurable; poeta laico, sin capillitas; magistral, sin escuelas improvisadas al aire de la moda; firme, como los arroyos esenciales, que no van viendo por dónde se abren paso, pero que fluyen, confluyen."²⁵

Su obra es tradicional, en el sentido de que no es inicio ni fin de ninguna corriente. Por el contrario, se aleja de cualquier innovación formal para seguir conservando una influencia clásica y un aire romántico. Dice: "Yo prefiero la poesía de antes, me gusta más, y con el debido respeto a los poetas de hoy, pero no les entiendo mucho, por eso prefiero la poesía de antes, sencilla, romántica, apegada a las vivencias, al colorido del campo, de la provincia, de nuestras tradiciones".²⁶

Cabral del Hoyo revela, entre vida y obra, entre obsesiones y escenarios, tanto lo particular como lo universal del lector.

²⁵ Octavio Novaro, *Poesía. Registro Iberoamericano*, julio-diciembre de 1979, p. 7.

²⁶ Francisco Esparza, *Cima*, 17 de marzo de 1989.